



Felipe de Castro.

Relieve simbólico de la fundación de la Academia.

EL II CENTENARIO DE LA REAL ACADEMIA DE NOBLES ARTES DE SAN FERNANDO

Modesto López Otero, Arquitecto

En el año que termina se ha celebrado el II centenario de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, creada por Felipe V; pero que no fué solemnemente inaugurada y abierta a una gloriosa actividad hasta el día 13 de junio de 1752, por su hijo y sucesor Fernando VI.

Tal conmemoración ha pasado sin dispendio ni ruido, en la mayor indiferencia pública; cosa natural, ya que la Academia nunca fué popular, ni podía serlo, por su esencia misma. De fundación regia, se entregó a selectos personajes para poner orden en las artes, demasiado enraizadas entonces en la libertad barroca.

Ya es menos explicable la indiferencia de los actuales artistas, y concretamente de los que profesan la arquitectura, quizá la más "académica" de las tres nobles hermanas. Yo dudo que llegase a la docena el número de los arquitectos—incluyendo los de la Corporación—asistentes a la sesión conmemorativa.

Me parece, pues, muy oportuno esta especie de desagravio de la REVISTA NACIONAL DE ARQUITECTURA antes de finalizar el año de la celebración, con la penitencia, además, de ofrecerlo en forma de un artículo como el que me ha solicitado; artículo que no lo concibo en laudatorio recuerdo histórico, por otro lado inútil, ya que la historia de la Academia está al alcance de cualquier mano, por muy perezosa que sea; levemente tratada por Llaguno y Ceán Bermúdez en sus *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España* y en *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España*; y más prolijamente por Caveda, en sus *Memorias para la historia de la Real Academia de San Fernando*. Sintetizada, pero suficiente, no falta en cualquier manual de historia del arte español. Para quien, curioso o interesado, quiera ahondar por su cuenta hasta lo más íntimo, quedará servido acudiendo a las actas y archivos de la propia Academia.

Estimo más oportuno y adecuado para lo que yo entiendo homenaje de los olvidadizos arquitectos actuales orientar estas líneas hacia la

razón de ser y de existir de la Academia—de donde, al fin, ellos proceden—, pero fijándome exclusivamente en un aspecto de su actividad; y de ésta, acusada de estática, en relación con las ideas de su tiempo.

Insisto en señalar cómo los arquitectos van aflojando cada día más los ya débiles lazos que unen nuestra profesión a la Academia. Hasta hace pocos años, cuando se terminaba la carrera, se llevaba a registrar el flamante título al Libro donde figuran los nombres de insignes maestros de casi dos siglos, único modo de poder hacer uso del derecho de agregar a la palabra de tantas esperanzas e ilusiones el tradicional ornato académico. Estoy seguro de que las promociones de estos tiempos ignoran privilegio tan fácilmente asequible, que, por otro lado, no supone particulares emolumentos, ni preferencias, ni privanzas, pero que perfuma de historia y de tradición lo que el codiciado papel tiene de simplemente *facultativo*.

También es corriente entre nuestros profesionales, especialmente los de las jóvenes generaciones, usar el tópico, tan extendido, de que la Academia es cosa muerta; que ya cumplió su misión y que nada justifica su influencia en la arquitectura contemporánea, si es que tiene alguna; que la Academia—en abstracto—se estancó en un neoclasicismo canónico que aun perdura, imponiéndolo cuando puede; que decir concepto o sentido académico es decir intolerancia e inmovilidad, etc.

La Academia de San Fernando no necesita defensores; pero creo pertinente y útil el intento de negar opiniones poco fundamentadas, en especial la que se refiere a ese cargo de que fué, y sigue siendo, enemiga de todo movimiento progresivo; que vivió, y vive, ignorando o despreciando las corrientes y las doctrinas renovadoras de la arquitectura que se han sucedido durante los doscientos años de su existencia, sin otro credo que el vitruviano de la restauración; que se inhibe, en fin, de los arrolladores problemas sociales y económicos que envuelven a la arquitectura en la hora actual.

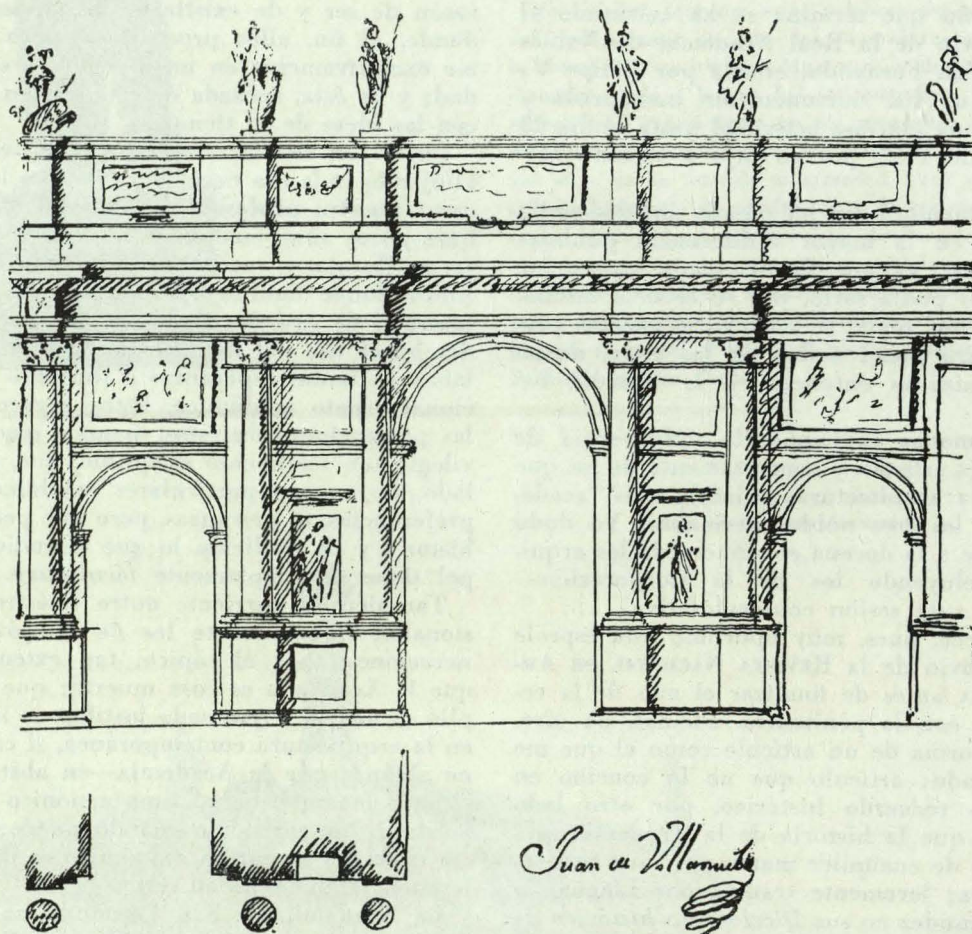
En primer lugar, el advenimiento de la Aca-

demia de Nobles Artes de San Fernando no fué una importación del nuevo monarca, como suele decirse, sino que respondía al pensamiento europeo del siglo XVIII. Aquel rey lo anticipó; pero, tarde o temprano, se hubiese introducido el neoclasicismo en nuestra arquitectura, y precisamente quizá por medio de una Academia semejante. Su funcionamiento tuvo el carácter preceptivo de las demás europeas, modelo común. Así ocurrió con los trascendentales propósitos que suponen la organización de las enseñanzas y la ordenación y censura de las construcciones públicas, incluso las eclesiásticas. (Real Cédula de 1777.)

El comportamiento en las obras y los estudios encomendados a los profesores académicos

aislamiento que la guerra de invasión, y después los acontecimientos políticos, le impusieron. El avance de los estudios arqueológicos y la admisión de los estilos históricos, comenzando por los orientales, prepararon el eclecticismo, en el que muy pronto se sumergió con entusiasmo. El que hoy denominaríamos portavoz de la Corporación, don José Caveda, dice en el libro citado: "...la Academia de San Fernando, al empezar de nuevo sus tareas, después de 1814, varía radicalmente las enseñanzas, y ofrece para la imitación modelos de un carácter bien diferente del que distinguía los anteriores, en mal hora considerados como los mejores posibles. Aleccionada por la experiencia propia y el ejemplo de otras corporaciones de

Croquis de examen de don Juan de Villanueva para ser desarrollado en días sucesivos. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.



siguieron las normas de la disciplina neoclásica, pero con características singulares y, por lo propias, más interesantes. La evolución de nuestro neoclásico, que se desenvuelve en el todavía barroco de don Ventura Rodríguez, culmina en la sin par fuerte pureza de Villanueva, influido por su antecedente formativo herteriano.

La Academia fué inmediatamente sensible a los matices helénicos del segundo neoclasicismo europeo, ya en pleno siglo XIX, a pesar del

la misma clase, no podía ser, como en sus orígenes, exclusiva y sistemática. Había crecido, con su ilustración, su tolerancia. Admitía el arte bajo todas sus manifestaciones, valuando en ellas los aciertos y los errores a la luz de los principios y de una sana crítica... Amiga de lo presente sin olvidar lo pasado, y abrigando simpatías por todas las formas del Arte y por todas las escuelas, aun por las que parecen más opuestas, las acepta como otras tantas manifestaciones del espíritu humano, y juzga que cuan-

to más numerosas y contrarias, tanto más lo representa bajo fases nuevas y provechosas...”

Al mediar el siglo XIX, la clásica Academia se hizo romántica, y sintió la admiración por los monumentos medievales con el mismo fervor que en las demás naciones. En su doctrina restauradora siguió la de Viollet-le-Duc. De clasicistas profesores surgieron los medievalistas Rogent, Madrazo, Cubas, etc. La cordial convivencia de los académicos arquitectos con los eruditos arqueólogos concentró en la Academia lo único que de crítica y de investigación había entonces en España.

De esta feliz unidad surgió la magnífica obra de los *Monumentos arquitectónicos de España*, digna de los cuidados oficiales “porque en ella se interesan la gloria nacional, el esplendor de las artes y las luces del siglo”, y que puede codearse con las análogas publicaciones extranjeras. Merced a tal labor de la Academia, la cultura artística española, por lo que a la historia del arte y a su divulgación se refiere, en los estilos medievales principalmente, fué tan selecta como en otras partes. Y en este eclecticismo histórico de carácter universal se denuncia también otro matiz peculiar que lo singulariza: el del conocimiento y consiguiente juego de adaptación de los monumentos hispanoárabes, cuyo antecedente se remonta al siglo XVIII con el estudio de los monumentos de Córdoba y Granada que, bajo la dirección de don José Hermosilla, realizaron Arnal y Villanueva.

Una prueba de la cultura y amplia comprensión de la Academia ante los progresos de la técnica y de las ciencias aplicadas a la construcción, fué el derivar la enseñanza hacia una independiente y especial Escuela de Arquitectura, aunque todavía bajo su tutela, terminando de este modo la directa misión docente, mantenida sin desmayo durante un siglo. El nuevo plan de estudios, elaborado con la intervención académica, está bien lejos de los exclusivismos de la preceptiva neoclásica primitiva. En ese plan, con la historia y “análisis críticos de los edificios antiguos y modernos de todas las épocas y edades”, nada menos, y en unión de los debidos conocimientos científicos y artísticos, se advierte ya la presencia de nociones de acústica, de óptica y de higiene aplicadas a la arquitectura, además de nociones de estética y de filosofía del arte. Estamos en 1855, y no desmerece este plan, en punto a progreso y novedad, del de ninguna Escuela europea.

Apenas corrida la primera mitad del pasado siglo, y sin haberse extinguido la fase romántica del eclecticismo, se puede destacar la siguiente expresión académica (Caveda, id.): “¿Por qué el arquitecto actual—de aquel momento—, ceñido sólo a imitar los monumentos de otras edades, ya muy distintas de la nuestra, no será también inventor, acomodando la inspiración al gusto dominante de la época, o la naturaleza de sus exigencias y necesidades a las conveniencias sociales que ha creado y a la transformación producida por la industria y las

ciencias naturales en la manera de ser del individuo y de la sociedad, etc.?” “Preciso es que la arquitectura de nuestros días, al ostentar un carácter propio, lleve también a la posteridad indicios ciertos de nuestra civilización y de las influencias sociales que la determinan.” Pregunta y proposición que parecen formar parte de cualquier manifiesto de la nueva arquitectura o de la arquitectura futurista de nuestros días, aunque ello viniera a resolverse en una aplicación del hierro a las estructuras, con fachadas de adaptación históricas, en los palacios de los banqueros isabelinos. Todo esto muy lejos, claro es, del hecho de crear formas nuevas y de cambiar el sentido de la arquitectura, porque no podía ser de otro modo; pero que revela una plausible intención renovadora, en consonancia con los afanes y anhelos de los arquitectos de los demás países.

Hasta el momento en que la Academia se desprende de la misión formativa de los artistas, la ideología académica estaba representada y definida precisamente en la enseñanza, objeto principal de su establecimiento y modo, el más eficaz, de llevar a cabo “la restauración de la verdadera arquitectura”... Fué en esta enseñanza también, a través de todas sus vicisitudes, donde se acusan las variaciones de métodos y doctrinas al compás de los movimientos técnicos y artísticos de la arquitectura europea, según se ha expuesto sucintamente.

A partir de aquella fecha de abdicación pedagógica, y libre la Academia de toda actividad didáctica, el credo corporativo estará integrado por las opiniones de sus individuos de número, poco discrepantes en general, ya que por fortuna, y en lo que se refiere a elevados problemas de índole estética, existe entre ellos una provechosa armonía, basada en un cortés respeto ante las diferencias. Las obras y escritos de tales académicos arquitectos, siempre prudentes, aparecen adscritas a las opiniones de su tiempo. No parece que la Academia se haya estancado en ninguna postura anterior. Claro es que se muestra apartada de los intentos *modernizantes* de fin de siglo, con lo que, por esta prudencia, no hace otra cosa que confirmar lo efímero de tales manifestaciones.

Porque la Academia—y así llegamos al momento actual—no repudia la novedad, si ésta se presenta con los atributos de la buena arquitectura: sinceridad y verdad, pureza y claridad en la armonía, carácter y expresión emotiva; belleza, en suma, sin que todas estas cualidades sean incompatibles con las exigencias de la vida moderna ni con los progresos técnicos.

No creo que exista un solo arquitecto académico que rechace un proyecto, por muy avanzado que sea, si cumple con aquellas condiciones, que son las mismas del clasicismo de sus antepasados. Analizando fríamente, se podrían encontrar muchas analogías esenciales entre la resultante de la preceptiva de los órdenes clásicos y esta otra provisional gramática de las escuelas modernas.

Lo que pasa es que, en los presentes momentos de crisis de la arquitectura, el sentir colectivo académico tiene que ser de cautela. Su misión, ahora, la de una grave reserva; y su tarea, no otra que la de asentar ante lo firme y consolidado y desconfiar de los intentos y ensayos, de los que, sin embargo, queda siempre un residuo aprovechable. La Academia se admira de tanto esfuerzo, y acepta y registra lo que lenta, pero continuamente, pueda ser fundamento de una arquitectura del futuro, sin enrolarse en tendencias no consolidadas.

La actividad académica ante lo moderno debe ser afirmación y depuración, como lo fué siempre. Realmente, su labor, tanto en el neoclasicismo como en el eclecticismo—los dos grandes períodos de su máxima influencia en la arquitectura nacional—fué, más que de preocupación de formas nuevas, de investigación y análisis, hasta lo esencial, de los estilos históricos, para con ellos vestir sus estructuras; actividad más erudita que imaginativa, pero no exenta de cierto valor de invención.

Pero la nueva arquitectura debe ser, ante todo (o no es nada), creadora de formas sin antecedente, formas que han de responder al sistema de espacios impuesto por una función de vida social cada vez más diferente y apremiante, hecha posible por novedades técnicas de aparición tan sucesivamente rápida.

Estas formas y conceptos están actualmente en período evolutivo, sin estado suficiente para

constituir una estética y, por tanto, sin la posibilidad aun de afirmar y depurar, misión primordial de la Academia en todos sus cambios y aceptaciones, que, como se ve, la alejan del dictado de estética e intransigente.

En otro orden de cosas, y para terminar, la Academia, en la hora presente, es un organismo sensible a todo lo que significa conservación del arte del pasado, cosa perfectamente compatible con la complaciente espera del arte del porvenir. Será rara la junta semanal donde no se aborde un problema de tal índole, figurando en el haber académico la evitación de muchos desaguisados y la sugerencia de provechosas disposiciones oficiales; labor tanto más plausible cuanto más reducidas quedan aquellas atribuciones que la elevaron un día a la dictadura de las bellas artes, y por la que, dicho sea de paso, no siente nostalgia alguna.

Nadie dude de que la Real Academia de San Fernando es todavía una Corporación viva y fuerte, que sirve eficazmente a la cultura artística nacional y que no desconoce la moderna arquitectura, ni a ella se opone cuando las obras que se ofrecen a su serena e imparcial opinión lo merecen cumplidamente.

Los arquitectos le debemos el respeto y la consideración que imponen su historia—que es la nuestra—y sus servicios a la arquitectura nacional y a las demás artes. De un modo especialísimo en este año de su II centenario.

